

TRADICIÓN MORATALLERA: USOS, PREVENCIONES Y SORTILEGIOS CON GANADOS Y ANIMALES DOMÉSTICOS

Jesús Navarro Egea

Que los animales domésticos han sido un recurso vital, sobre todo para las gentes del medio rural, es un hecho que obviamente sobra, máxime en una región que, como la murciana, ha mantenido una economía ancestral de carácter agropecuuario.

La posesión más común del campesino moratallero en relación con los animales domésticos ha venido a ser, considerando las lógicas variaciones, dos mulas, un burro, bueyes, gallinas, cabras y ovejas. Plantearemos algunos de los cuidados o prácticas más frecuentes o recordados de este ajuar ganadero, recurriendo fundamentalmente a la tradición oral que hemos obtenido de pacientes comunicantes que, aunque se mostraron al principio con cierta displicencia, al final accedieron con ddivisidad, eso sí, más o menos escéptica e incluso picarona, ante la curiosidad del que suscribe.

Según refiere Pedro Díaz Cassou ¹, en la gran fiesta de Said el Kibir, que se celebraba en creyente Mursiá, la práctica totalidad de la población se entregaba al regocijo. Todo musulmán piadoso sacrificaba un carnero churro, buscando que tuviera grandes cuernos, porque las almas de los difuntos han de llegar al Paraíso sobre uno de los carneros que sacrificaron en vida durante la gran fiesta, y agarrados a la encornadura han de pasar el terrible puente Sirat, tendido sobre el Infierno.

Pues bien, los cuernos de los machos cabríos, como los de otras reses, ironías aparte, han presentado múltiples connotaciones en el devenir campesino, exhibiéndose tradicionalmente en esta tierra al igual que en otras amplias zonas, para de-

mostrar quién tenía el mejor semental. Estas cornamentas se colocaban sobre las fachadas o las puertas, como todavía es posible ver hoy en Los Odres (Moratalla) o en Asuán (Egipto), por citar referentes observados personalmente. De la misma manera se recuerdan en los corrales de El Sabinar, Calar de la Santa... a manera de actuales anuncios publicitarios.

En algunos sitios y por un tiempo corto se exponía la cabeza entera del rumiante.

Otro uso de las cuernas, habitualmente de carnero o de cabra, era incrustarlos en paredes como asa para atar caballerías, tal como se hacía con las herraduras viejas, no solamente como amuleto de suerte sino a modo de utilaje.

También se exponían, tradición que continúa, en los ámbitos geográficos referenciados y por extensión en muchos países mediterráneos, culebras y sapos, éstos suspendidos por las patas, en corrales y patios para repeler pulgas, piojos de las aves y parásitos, según los campesinos. Dentro de la casa o en la cocina se han colgado sardinas para ahuyentar a las avispas que rondaban los alimentos.

Los cuernos se enseñaban en las ferias como muestra del ganado propio y de este modo acreditar garantía en la venta de los corderos de un determinado hatajo, rebaño o corral.

Se consideraba la largura de los cuernos y las vueltas de los mismos, que cuanto mayores eran, más aval transmitían del macho. No eran de fiar aquellos que aunque fueran largos no tuvieran espirales o fueran poco pronunciadas.

Esas curvas denotaban igualmente el peso aproximado del animal y algunos

machos, si su inspección satisfacía, eran alquilados como sementales a cambio por ejemplo de alubias, dos borregos, dos cabras, etc...

El contexto supersticioso de las cornaduras o uso naturales de las mismas es amplio. La posesión de un asta o trozo del mismo presagia prosperidad e incluso sería aviso de lluvia cuando se les humedecen a las reses.

CABRAS

Cuando se encontraban "enluzás", es decir con resfriados y toses, mostrando moco y sin comer, el preocupado dueño o pastor procuraba encontrar una mata de atocha o "tocha" que estuviera cubierta de rocío, y tomando once tallos de esparto los ataba uno a otro por los extremos y se colocaban a las cabras achacadas a modo de collar. Conforme se iban secando los espartos y según la creencia, se irían curando.

Si la afición de estos animales era la ceguera por enfermedad, tornándose los ojos blancos, igualmente se recurría a las atochas y el procedimiento usado prevenía coger dos espartos de longitud similar a la del "canal" del animal, es decir, desde el lacrimal hasta la boca, y por ahí se introducían los tallos suponiéndose que el telo blanco o catarata iba a ir deslizándose por ese conducto hasta desaparecer.

Otro padecimiento común de las cabras han sido las "ubreras", inflamación que como su nombre sugiere, indica que las ubres o pezones se tornaban muy duros y el animal finalmente moría. En este caso y entre otros remedios se aplicaba manteca en esas partes a modo de pomada que rebajase la inflamación.

Por otro lado también existían y aún subsisten, otros tipos de anomalías o prácticas no deseadas en los caprinos según las

cuales tienden a chuparse sus propias ubres. El remedio consistía en usar "perrruna", es decir, heces de perro que se impregnaban en las mamas del ganado.

Se ha tenido buen cuidado en evitar las peleas entre estos animales, buscando evidentemente prevenir lesiones, costumbre que ha sido además reforzada con la idea supersticiosa inculcada en pastores, sirvientes o jovencuelos, de que las contiendas entre cabras eran signos inequívocos de desastres y una vez pasada la Guerra Civil, con el lógico recuerdo aterrorizado de la población, ese mal podría consistir en que de nuevo se desencadenara otra fatídica contienda. No olvidemos que cabras y machos cabríos desde antiguo han sido asociados a los ritos satánicos cuando no a la encarnación del mismísimo diablo, creencia que ya se detecta en el Medievo y que por ejemplo, Goya, testimonia en su cuadro *Aquelarre*. Otros pueblos como los del valle del Indo o de la antigüedad clásica los han representado como animales relacionados con la lujuria y la perversión, y hasta el cristianismo los considera como "chivos expiatorios" sobre los que se echaban todos los pecados².

Quizá como contrapunto y a modo de "sinergia" contraria, sacrificadas las reses o muertas por accidente, se intentaba conservar una pezuña, al igual que los cuernos, como amuletos que previenen males. Los dientes de cabra conjuntamente con la cola de lagarto, un trozo de pan tierno y un ojo de cerdo han sido pócimas o emplastos utilizados para curar heridas de personas y animales.

OVEJAS

Si se sospechaba que tenían fiebre, el modo de cerciorarse era tantearles las orejas que debían de estar relativamente frías cuando realmente la temperatura era su-



Tradicón moratallera. Exposición de cuernas en Egipto (1) y Moratalla (Murcia) (2). En ambas situaciones se significa tanto la tenencia de buenas reses como sortilegio de buena ventura. Autor: Jesús Navarro Egea.

perior a lo usual en estos animales. El hecho de reparar en esa zona un tacto más o menos templado era señal de normalidad, descartándose la calentura.

A veces las ovejas aquejadas de algún tipo de encefalitis se volvían "locas", observándose en ellas un comportamiento irregular, dando vueltas sobre sí mismas y apoyándose sobre las patas traseras. La explicación apuntaba que "los sesos se les habían hecho agua", denominándose entonces a la oveja enferma "morra" y se pensaba que dicha locura podría venir entre otras causas, por llevar campanilla o cencerro, situación molesta como es natural para los animales y que por ejemplo es especialmente intolerable, dicen los campesinos, para la mayoría de las cabras.

Entonces la creencia señalaba que si esa oveja enferma permanecía en el corral hasta el viernes siguiente de la aparición de la locura, contagiaría a otra el mal, que a su vez podría infectar a otra, y así, sucesivamente, hasta el siguiente viernes, siendo posible que se perjudicase todo el rebaño. Por tanto los ganaderos buscaban desprenderse de la res antes de la llegada de ese fatídico día.

El pastor ha estado atento a las ovejas y ha barruntado también la proximidad de la lluvia cuando las mismas se han apretado unas contra otras, por encima de lo habitual, y además han ingerido copioso pasto.

MULAS Y CABALLOS

El abultado conjunto de usos, advertidos en relación con los animales domésticos, de corte natural o supersticioso explican o pueden justificar de alguna forma comportamientos difícilmente aceptables desde la óptica social o de las creencias personales de corte religioso, ético o educativo. Así el hecho de blasfemar ha sido reputado tradicionalmente como una manera de alejar a los muertos o espíritus que puedan estar vagando junto a una persona y que se apercibirían mediante señales, como por ejemplo golpes repetidos e inespecíficos, a veces producidos por mulas destrabadas, pródromos claros de la cercanía del demonio. Las mulas han sido mal vistas por los campesinos y su mantenimiento obviamente se ha justificado en relación directa con su utilidad. La similitud con las cabras, como animales diabólicos, pero más aún las mulas, ha hecho interpretar la inquietud de estas últimas como un presagio de muerte próxima para las personas, y esta fase de tiempo cercano a la defunción se conoce entre los aldeanos con la perífrasis "estar en estaciones", que podría abarcar incluso hasta un año antes al presunto óbito, sin que el sujeto amenazado pueda llegar a pecatarse.

Especialmente en estas ocasiones, se intentaba evitar a toda costa emitir la palabra "candilico" que sería justamente la invocación del diablo que a lo más seguro podría aparecerse.

Con esa prevención con respecto a las mulas y a los caballos se les ha instalado, a

modo de adorno, un collar con un cuerno de venado o parte del mismo para protegerles del "mal de pezuña" (glosopeda), del "mal tieso" (tétanos), e incluso del mal de ojo, que una vez adquirido por las bestias recibía la misma curación supersticiosa que con las personas, valiéndose en ausencia del animal de un mechón de su pelo con el que se hacían los sortilegios pertinentes.

Para rebajar la sangre de caballerías de tiro o carga se verificaba el clásico remedio de pincharles en el cuello para sangrarlas después de colocarles un sedal.

BURROS

Poco se puede añadir con respecto a los injustos hechos o connotaciones harto negativas de los familiares, tradicionales y sufridos jumentos. No obstante su abnegado servicio ha hecho de ellos piezas fundamentales de la vida cotidiana por lo que los dueños se preocupaban, como era de esperar, por su integridad.

Si los asnos mostraban hinchada la barriga se sometían a un duro tratamiento, enterrándose con basura de las cuadras que estuviera fermentada, dejando, claro está, la cabeza fuera, y así debía permanecer el borrico desde un atardecer hasta el día siguiente. Juran los informantes que este procedimiento era absolutamente eficaz y citan basureros especialmente propicios para este remedio.

Si padecían de carbunco, ("carbonco"), dolencia que podrían presentar también las cabras y otros ganados, se sujetaba al animal y se quemaba la herida con un ascua a la que se iba soplando para modular la intensidad del calor. Con posterioridad se frotaba la zona abrasada con una piedra azul, especie de marga, relativamente abundante en estos parajes.

Por otro lado cuando las personas estaban afectadas de dolor de muelas, acha-

cado a "un gusano que roía las encías", se esforzaban en beber agua donde lo hacía el burro, normalmente en el "tornajo" o abrevadero.

GALLOS Y GALLINAS

Se les echaban trozos de cerezas picantes para evitar el moquillo.

Se ha esquivado el tirar cáscaras de huevos de gallinas a la lumbre, por si acaso se pasa a los tractos anales de las mismas y por asimilación dejan de poner, penuria más que temida en hogares en donde parte importante del sustento directo o del trueque se basaba en ese producto.

Los campesinos también han advertido en las plumíferas, señales que vislumbran fenómenos atmosféricos, como es el hecho de la proximidad de la lluvia, cuando aquellas se han revolcado más de lo común en el polvo del corral.

Otro aviso de corte supersticioso afirma que cuando por la noche se oye cantar o cacarear al gallo como una gallina o viceversa es premonición de que alguien conocido va a morir pronto.

Según comentan, la enjundia o grasa de gallina, untada externamente en la garganta de las personas, puede prevenir o curar las anginas. Igualmente cuando el primer huevo de una gallina negra se introdujera en un agujero y se tapara bien, parece que sería un remedio socorrido y eficaz, contra las hernias de las personas.

Y por supuesto los huevos puestos en Jueves Santo eran buenos para curar todas las enfermedades, por lo que se guardaban para consumirlos mientras era posible, antes de que se pudrieran, por lo que pudiera pasar.

El pico de una gallina encajado en el ano de los niños que nacían con síntomas de anoxia o asfixia dicen que era un mágico remedio para reanimarlos.

Cuando se morían las gallinas en el pueblo o en los cortijos, de forma inesperada por vejez o incluso por enfermedad, se las daban a los pobres para que se las comieran, produciéndose en estos casos no pocos accidentes, y por supuesto alguna muerte por la ingestión de carne en mal estado o contaminada.

El papel, importantísimo, desarrollado en la vida corriente por estas bestias case- ras, se liga naturalmente a un vasto conjunto de sucesos, extensamente documentados, desde la exposición de los ejemplares en las clásicas ferias con concurrencia de numerosísimas reses y personas y por tanto de transacciones entre tratantes y vendedores o a actividades festivas relacionados con ellos, como las carreras de caballos en honor de San Antonio Abad, hasta los frecuentes robos de mulas o burras, a veces por partidas de gitanos que deambulaban por los campos (1884), cuando no por los propios vecinos, familiares e incluso por las autoridades mediante el procedimiento de requisa (1874). También hurtos de rebaños enteros de ovejas (1885), cabras (1930) o corderos (1935).

Había que organizar batidas para ahuyentar o matar los lobos que acosaban a los ganados, en manada o en solitario (1883, 1894). También la amenaza brotaba de inclemencias atmosféricas tan frecuentes en estas sierras, como la nevada de marzo de 1894 que impidió alimentar los ganados y que además hundió muchos tejados de corrales y tenados produciéndose entre el ganado muchas muertes. Del mismo modo y en ese año, una estrepitosa tormenta mató a veintiuna ovejas en la Casa de Tablas al caer en el redil una chispa eléctrica. Además proliferaban múltiples enfermedades que diezaban las cabañas, como por ejemplo la gran mortandad de cerdos que sucedió en 1892, acha-



*Tradición moratallera...
Autor: Jesús Navarro Egea.*

cada a "un moho que cría el tubérculo de la patata, parecido al hollín, dentro del cual hay una palomilla que trae el principio de la descomposición".

Naturalmente han abundado los accidentes y anécdotas, claro está, desde las clásicas lesiones en niños o adultos por caídas desde las monturas, arrastrados por las mismas u otros sucesos (1890, 1894).

Junto a esos cuidados es de todos conocido el hecho del dispendio de malos tratos, capítulo harto conocido, especialmente en las bestias de carga y tiro, y claro está, en todo el solar hispano por aludir al ámbito geopolítico común. Sabemos, entre otros hechos, de venganzas contra vecinos y sus animales, en toda la región, disparando hasta a las burras, como ocurrió en Santomera en 1895.

REFERENCIAS

- 1 DÍAZ CASSOU, P. "Los castillos de Murcia. Leyendas y tradiciones árabes del Castillo de Monteagudo". En "El Diario de Murcia" de 2-5-1888.
- 2 GRANDES PROFECÍAS (1985). Ed. Nueva Lente, S.A. Madrid.